



PQ 2216
R7
S6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. D. E.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS
REYES EN DESTIERRO.

I

El primer día.

Federica dormía desde por la mañana. Era su sueño febril y fatigoso, como formado por todas sus torturas de reina desterrada y caída; un sueño, sacudido aún por el fracaso y las angustias de un sitio de dos meses, atravesado de visiones sangrientas y belicosas, de sollozos, de temblores, de corrientes nerviosas, y del cual no salió ella sino por un sobresalto de asombro.

—¿Zara?... ¿Dónde está Zara?...—gritó.

Una de sus camareras se aproximó al lecho, y la serenó dulcemente. S. A. R. el conde de Zara dormía muy tranquilo en su habitación; Madama Eleonora estaba á su lado,

—¿Y el rey?

Había salido por la tarde en uno de los carruajes del hotel.

—¿Él solo?

No. Su Majestad había llevado consigo al consejero Boscovich...

A medida que hablaba la criada, en su dialecto dalmata, sonoro y duro como una ola rodante de guijarros, la reina sentía disiparse sus terrores, y poco á poco la apacible estancia del

hotel, que no había sino entrevisto al llegar, á media luz, se le aparecía en su sencillez confortante y lujosa, con sus claras colgaduras, sus altos espejos, y el blanco pañoso de sus tapices, en que el vuelo silencioso y vivo de las golondrinas se proyectaba como la sombra de unas cortinillas flotantes, y se entrecruzaba en forma de anchas mariposas nocturnas.

—¡Las cinco ya!... Vamos, Petscha, vísteme pronto. Me avergüenzo de haber dormido tanto.

Eran las cinco del día más admirable con que el estío de 1872 había regocijado á los parisienses. Cuando la reina se adelantó hácia el balcón, hácia el largo balcón del *Hotel de las Pirámides*, que enfla sus quince ventanas, veladas de cutí rosa, en el lugar más hermoso de la calle de Rívoli, se quedó maravillada. Allá, abajo, sobre la ancha vía, mezclándose el ruido de las ruedas á la lluvia ligera de las regaderas, una línea, no interrumpida de carruajes, descendía en dirección al Bosque, con un mariposeo de ejes, de arneses, de vestiduras claras arrebatado todo por el viento. Desde la multitud, apinada en la verja dorada de las Tullerías, los ojos encantados de la reina pasaban á toda esa confusión luminosa de trajes blancos, de cabellos rubios, de sedas vistosas, de juegos aéreos: á todo ese tren de endomingamiento y de infancia, que el gran jardín parisien extiende alrededor de sus terrazas los días de sol, y se reposaba, en fin, deliciosamente, sobre la cúpula de verdura, sobre el inmenso techo de hojas, redondo y macizo, que forman con sus copas los castaños del centro, los cuales abrigan á esta hora una orquesta militar, retemblando á los gritos de los muchachos, al estruendo de los instrumentos de metal. El áspero rencor de la desterrada iba calmándose paulatinamente, ante tanta alegría desparramada. Un bienestar confortable la envolvía por todas partes, adherible y suave como una redequilla de seda; sus mejillas, ajadas por el insomnio y las privaciones, fueron coloreándose de un rosa vivo. Ella pensaba:—¡Dios!... ¡Qué bien se está aquí!

Los más grandes infortunios tienen tan súbitos é inconscientes consuelos; y no es de los séres, sino de la múltiple elocuencia de las cosas, de donde proceden. A esta reina desposeída, arrojada sobre la tierra del destierro, con su marido y su hijo, por una de esas sublevaciones del pueblo, que hacen pensar en los temblores de la tierra, acompañados de aperturas de abismos, de fulgores de rayos y de erupciones volcánicas; á esta mujer, cuya frente, aunque baja un poco, tan altiva, no obstante, guardaba el pliegue y como el aplanamiento de una de las más bellas coronas de Europa, ninguna fórmula humana hubiera podido proporcionarle consuelo alguno. Y hé aquí que la naturaleza, alegre y renovada, aparecida en este maravilloso estío de París, que tiene algo de la estufa caliente, y algo de la muelle frescura de los países ribereños, le habla de esperanza, de resurrección, de apaciguamiento. Pero en tanto que, como mujer, deja sus nervios distenderse, y sus ojos beber con ansia este verdeguante horizonte, de repente se ha estremecido la desterrada. A su izquierda, allá abajo, hácia la entrada del jardín, se levanta un monumento espectral, hecho de muros calcinados; de columnas enrojecidas; desplomado el techo; con boquetes, por donde se vé el azul del espacio, por ventanas, una fachada, iluminada sobre perspectivas de ruinas, y allá, al final,—mirando al Sena,—un pabellon, casi entero, invadido y dorado por la llama que ennegreció el hierro de sus balcones. Esto era lo que quedaba del palacio de las Tullerías.

Tal vista, le causó una emoción profunda; el aturdimiento de una caída experimentó su corazón ante estas piedras. Diez años, no hacia aún diez años,—¡oh! cómo le parecía profética esta triste casualidad de venir á alojarse de cara á estas ruinas!—allí había habitado ella con su marido. Era la primavera de 1864. Casada hacia tres meses, la condesa de Zara paseaba entonces por las cortes aliadas, todas sus dichas de esposa y de princesa hereditaria. Todo el mundo la admiraba, la hacia acogida. En las Tullerías, sobre todo, ¡qué de bailes, qué de fiestas! Bajo es-

tos muros socavados, ella las encontraba aún. Veía las galerías inmensas y esplendorosas, deslumbrantes de luces y de pedrería; los trajes de córte, ondulantes sobre las grandes escaleras, entre una doble fila de corazas relumbrantes, y aquella música invisible, que subía del jardín en oleadas, le parecía la orquesta de Valdteufeld, en la Sala de los Mariscales. ¿No era al son de este aire, jugueton y vivo, al que había danzado con su primo Maximiliano, ocho días antes de su partida para Méjico?... Sí, este era... Una *quadrille*, cruzada de emperadores y de reyes, de reinas y de emperatrices, y cuyo motivo de la *Bella Elena* hacía pasar por delante de ella el lujoso encadenamiento y las angustas fisonomías... Max, preocupado, mordiendo su barba rubia; Carlota, frente á él, cerca de Napoleon, radiante, transfigurada por la alegría de ser emperatriz... ¿Dónde estaban hoy las parejas de aquella hermosa *quadrille*? Todos muertos, desterrados ó locos. ¡Duelos sobre duelos! ¡Desastres sobre desastres! Dios, pues, no estaba ya por el partido de los reyes; ahora....

Con esto, recordaba todo lo que había sufrido desde que la muerte del viejo Leopoldo había colocado en sus sienes la doble corona de Iliria y Dalmacia. Su hija, su primogénita, arrebatada en medio de las fiestas de su consagración por una de esas enfermedades extrañas y sin nombre que resúmen el agotamiento de una sangre y el fin de una raza, por más que los cirios de la vigilia fúnebre se mezclaron á las iluminaciones de la población, y el día del entierro en la iglesia del *Dôme* no se tuvo tiempo para izar las banderas. Después, al lado de estos grandes dolores, al lado de las inquietudes que le causaba sin cesar la débil salud de su hijo, había otras tristezas conocidas de ella sola, ocultas en el rincón más secreto de su orgullo de mujer. ¡Ay! el corazón de los pueblos no es mucho más fiel que el de los reyes. Un día, sin que se supiese el motivo, esta Iliria que les había festejado tanto, se separaba de sus príncipes y vinieron las malas inteligencias, las terquedades, las desconfian-

zas, y por fin el ódio, ese horrible ódio de todo un país, ese ódio que ella sentía en el aire, en el silencio de las calles, la ironía de las miradas, el temblor de las frentes encorvadas, que le hacían que temiera el mostrarse en una ventana, y la arrojaban en el fondo de su carroza durante sus cortos paseos. ¡Oh! aquéllos gritos de muerte bajo los terrados de su castillo de Leybach, al mirar el gran palacio de los reyes de Francia, creía aún escucharlos, veía la última sesión del Consejo, los ministros pálidos, locos de miedo, suplicando al rey que abdicara... las aldeas sublevadas y aulladoras, ébrias de libertad como las ciudades... fogatas de regocijo por todas partes, sobre las cimas... y la explosión de lágrimas tiernas de que ella había sido acometida en medio de este gran desastre, al encontrar en una cabaña leche para la cena de su hijo... y en fin, la súbita resolución que inspiró al rey de encerrarse en Ragusa, aún fiel, y allí, los dos meses de privaciones y de angustias, la ciudad sitiada, bombardada, el infante real enfermo, muriendo casi de hambre, la vergüenza ó la rendición por término, el embarque siniestro en medio de una multitud silenciosa y cansada, y el navío francés arrebatándolos hacía otras miserias, hacía el frío, hacía lo desconocido del destierro, mientras que á sus espaldas la bandera de la república iliriana ondeaba flamante y vencedora sobre el castillo real desplomado... Las Tullerías en ruina le recordaban todo esto.

—¡Qué hermoso es París! ¿no es cierto?—dijo súbitamente cerca de ella una voz alegre y jóven, á pesar de un cierto gangueo.

El rey acababa de aparecer en el balcon, teniendo entre sus brazos el pequeño príncipe, y mostrándole aquel horizonte de verdura, de techos, de cúpulas y el movimiento de la calle en su bella luz del fin del día.

—¡Oh, sí, muy bonito!... decía el niño, que era un pobre muchachito de cinco á seis años, con los rasgos del rostro marcados y estirados, los cabellos muy rubios, cortados al ras como despues de una enfermedad, y que miraba en su derredor con

una sonrisilla de sufrimiento, admirado de no oír los cañones del sitio y regocijado de la alegría que le rodeaba. Para él, el destierro se anunciaba de una manera feliz. El rey mismo tenía ya el aire ménos triste; traía del exterior, de dos horas de boulevard, una fisonomía brillante, animada, que hacía contraste con la tristeza de la reina. Eran, por lo demás, dos tipos absolutamente distintos; él, delgado, trémulo, de tinte mate, los cabellos negros y rizados, con bigote claro que afilaba perpétuamente con una mano pálida y finísima, ojos hermosos, un poco turbados, y en la mirada algo de irresoluto, de infantil, que hacía decir al que le veía, por más que hubiese ya pasado de los treinta: «¡Cuán jóven es!» La reina, por el contrario, era una robusta dalmata, con el aire sério, el gesto extraño, el verdadero varon de los dos, á pesar del esplendor trasparente de su cutis y sus magníficos cabellos de ese rubio de Venecia en que el Oriente parece mezclar los tonos rojos y leonados del alazan. Christian, frente á ella, tenía la actitud cohibida, un poco embarazosa, de un marido que ha aceptado demasiados sacrificios y abnegaciones. Informábase dulcemente de su salud, de si había dormido, y cómo se encontraba de su viaje. Ella respondió con cierta voluntaria dulzura llena de condescendencia; pero en realidad no se ocupaba más que de su hijo, á quien pulsaba la nariz, las mejillas, y cuyos movimientos todos espía con la ansiedad de gallina clueca.

—Está mejor que allá abajo,—decía Christian á media voz.

—Sí, los colores le vuelven,—respondió ella en el mismo tono íntimo que ellos no tomaban sino para hablar del niño.

El reía al uno y á la otra, y aproximaba sus frentes con alegres caricias, como si hubiese comprendido que sus dos brazos formaban el único lazo verdadero entre estos dos seres desemejantes. Allá abajo, en el tránsito, algunos curiosos, advertidos de la llegada de los príncipes, se habían detenido hacia un momento, con los ojos alzados hácia ese rey y esa reina de Iliria, cuya heroica defensa en Ragusa había hecho célebres, y

cuyos retratos figuraban en la primera página de los diarios ilustrados. Poco á poco, como si miraran un palomo en el alero de un tejado ó una urraca escapada de la jaula, los transeuntes se amontonaban, con la boca abierta, sin saber de qué se trataba. Un apiñamiento de gente iba poniéndose delante del hotel, y todas estas miradas atraían otras miradas hácia aquella jóven pareja, en traje de viaje, sobre la que descollaba el niño con su cabeza blonda, como levantada por la esperanza de los vencidos, y la alegría que ellos sentían de tenerle aún vivo despues de una tan terrible tempestad.

—¿Vienes, Federica?—preguntó el rey, violentado por la atención de las gentes.

Pero ella, con la cabeza alta, como reina acostumbrada á de sañar la antipatía de las multitudes, contestó:

—¿Para qué? Se está muy bien en este balcon.

—Es que... yo había olvidado... Rosen está allá con su hijo y con su nuera. Ha solicitado verte.

A este nombre de Rosen, que le recordaba tan buenos y leales servicios, los ojos de la reina se encendieron.

—¡Mi bravo duque! Le esperaba,—replicó; y como al retirarse lanzó una mirada altiva á la calle, un hombre, de cara á ella, se abalanzó sobre el zócalo de la verja de las Tullerías, dominando durante un minuto aquella aglomeracion de gente en toda su altura. Era como en Leybach cuando dispararon sobre su ventana. Federica tuvo vagamente la idea de un atentado de este género, y se echó para atrás. Una gran frente, un sombrero levantado, cabellos en el viento desparramándose al sol, mientras que una voz serena y fuerte gritaba: «¡Viva el rey!» por cima del fragor de la multitud; hé aquí todo lo que ella pudo ver de este amigo desconocido que osaba en pleno París republicano, delante de las Tullerías destruidas, desear la bienvenida á los soberanos sin corona. Este saludo simpático de que había estado privada hacia largo tiempo, hizo sobre la reina la impresion de un fuego flamígero y claro, despues de una marcha entre

hielos, y la enardeció desde el corazón hasta la epidermis; la vista del viejo Rosen completó esta viva y bienhechora reacción.

El general duque de Rosen, antiguo jefe de la casa militar, había dejado la Iliria hacia tres años, desde que el rey le retiró su puesto de confianza para dárselo á un liberal, favoreciendo así las ideas nuevas con detrimento de lo que se llamaba entonces en Leybach el partido de la reina.

Ciertamente, él podía quererla en Christian que le había sacrificado friamente, dejado partir sin sentimiento alguno, sin un adiós, á él, el vencedor de Mostar, de Livno, el héroe de las grandes guerras montenegrinas. Después de haber vendido castillos, tierras y bienes, caracterizando su partida con todo el ruido de una protesta, el viejo general se había fijado en París, allí casó su hijo, y durante tres años largos de vanas esperanzas sentía su cólera contra la ingratitude real acrecentarse por las tristezas de la emigración y las melancolías de una vida desocupada. Y, no obstante, á la primera noticia de la llegada de sus príncipes, corre á ellos sin titubear, y ahora, rígido y de pié en medio del salón; enderezando hasta las arañas su talla colosal, esperaba, con nueva emoción la gracia de una acogida favorable, hasta el punto que se le podían ver temblar las largas piernas de panduro, jadear bajo el gran cordón de la órden, su busto ancho y corto revestido de un frac azul ceñido y militarmente cortado.

La cabeza sola, una pequeña cabeza de gavilán, mirada de acero y pico de presa, permanecía impasible con sus tres mechones blancos erizados, y las mil pequeñas arrugas de su cuero curtido al fuego.

El rey, que no gustaba de escenas, y á quien esta entrevista violentaba un poco, prorrumpió en un tono de jugueteo, de cordialidad caballeresca:

—Y bien, general,—dijo, yendo hácia él con las manos tendidas.—Usted era quien tenía razón... dí demasiada brida... y me hice sacudir... con violencia.

Después, viendo que el antiguo servidor inclinaba la rodilla, le levantó con un movimiento lleno de nobleza, y le estrechó contra su pecho largo espacio. Nadie, por ejemplo, hubiera podido impedir al duque arrodillarse delante de la reina, á quien la caricia respetuosamente apasionada de aquellas viejas barbas sobre su mano causó una emoción singular.

—¡Ah! ¡Mi pobre Rosen!... ¡Mi pobre Rosen!...—murmuró.

Y dulcemente cerraba los ojos para no dejar ver sus lágrimas.

Pero todas las que vertía hacia ya años, habían dejado su huella sobre la seda delicada y estropeada de sus párpados de mujer rubia, con las vigiliadas, las angustias, las inquietudes, estas contusiones que las mujeres creen guardar en lo más profundo del sér, y que suben á la superficie, como las menores agitaciones del agua surcan de pliegues visibles su cristal. En el espacio de un segundo, este hermoso rostro de líneas puras, tuvo una expresión fatigada, dolorosa, que no pasó desapercibida para el viejo soldado. «¡Cuánto ha sufrido!» pensaba al mirarla; y para ocultar su emoción, también, se levantó bruscamente, se volvió hácia su hijo y su nuera, que se había quedado en el otro extremo del salón, y con el mismo aire feroz con que gritaba en las calles de Leybach: «¡Sable en mano!... ¡Cargad sobre la canalla!» ordenó:

—Coletta, Herberto, venid á saludar á vuestra reina.

El príncipe Herberto de Rosen, casi tan grande como su padre, con unas quijadas de caballo y mejillas inocentes y de muñeca, se aproximó, seguido de su joven esposa. Él marchaba penosamente apoyado sobre un bastón. Ocho meses antes, en las Carreras de Chantilly, se había roto una pierna y hundido algunas costillas; el general no dejó de hacer notar que sin este incidente que había puesto la vida de su hijo en peligro, los dos hubieran corrido á encerrarse en Ragusa.

—¡Allí hubiera yo ido con usted, padre mio!—interrumpió la princesa con un tono heroico, que hacía justicia á su nombre

de Coletta y á su narizilla de gata espiritual y alegre bajo un erizamiento de lijeros bucles.

La reina no pudo impedir una sonrisa, y la tendió la mano cordialmente. Christian, retorciendo su bigote, miraba de hito en hito, con un interés de amante y una ávida curiosidad, á esta vivaracha parisiense, á este bonito pájaro á la moda, de largo y tornasolado plumaje, todo faldas y volantes, y cuya gentileza emperifollada le hacia cambiar de la impresion de grandes rasgos y del tipo majestuoso recibido allá bajo.

«¡Diablo de Herberto! ¿Dónde ha podido procurarse una alhaja semejante?» se decia, envidiando á su antiguo camarada de infancia, á aquel pazguatazo de ojos á flor de la cara, y de cabellos divididos y planchados á la rusa sobre una frente corta y demasiado estrecha; despues avínole la idea de que si este tipo de mujer faltaba en Iliria, en París corria por las calles, y con esto el destierro le pareció definitivamente soportable. Por lo demás este destierro no podia durar mucho tiempo. Los ilirioses se calzarían pronto de su República. Era asunto de dos ó tres meses pasar léjos del país vacaciones reales, que podia emplear lo más alegremente posible.

—¿Comprende usted esto, general?—decia riéndose.—Ya se me ha propuesto el comprar una casa... Un caballero... un inglés que ha venido esta mañana... Se obligaba á entregarme un hotel magnífico, amueblado, tapizado, con caballos en las cuerdas, carruajes en las cocheras, ropas blancas, argentería, servicio personal y todo, en cuarenta y ocho horas, y en el barrio que fuera más de mi agrado.

—Conozco á vuestro inglés, señor... es Tom Levis... el agente de los extranjeros.

—Sí, me parece bien... el nombre que lleva... ¿Habeis tenido algun asunto con él?

—¡Oh! todos los extranjeros al llegar á París reciben la visita de Tom y de su ayudante... Pero yo deseo á Vuestra Magestad que quede en esto solo el conocimiento.

La atencion particular con la que el príncipe Herberto desde que se habló de Tom Levis, se puso á considerar las cintas de sus zapatos descubiertos sobre la rayadura de sus medias de seda, la mirada furtiva que la princesa lanzaba á su marido, advirtieron á Christian que si necesitaba informes acerca del ilustre agente de la calle Real, aquellos jóvenes podían muy bien suministrárselos. Pero, ¿en qué los servicios de la agencia Levis podían serle útiles? No deseaba ni casa, ni carruaje, y contaba con pasar bien en el hotel los pocos meses de su estancia en París.

—¿No es este tu parecer, Federica?

—¡Oh! ciertamente es lo más prudente,—respondió la reina, aunque en el fondo de su corazón no participaba de las ilusiones de su marido ni de su gusto por las instalaciones provisionales.

A su vez, el viejo Rosen aventuró algunas observaciones. La vida de huésped le parecia casi no convenir á la dignidad de la casa de Iliria. París, en este momento, estaba lleno de soberanos desterrados; y allí todos figuraban de una manera suntuosa. El rey de Westphalia ocupaba en la calle de Neubourg una magnífica residencia, con un pabellon anexo para los servicios administrativos. En los Campos Elíseos, el hotel de la reina de Galicia, era un verdadero palacio, de un lujo, de un aparato real. El rey de Palermo tenia una casa montada en Saint-Mandé, con numerosos caballos en las cuerdas y todo un batallón de ayudas de campo. No habia allí ninguno que, como el duque de Parma, en su pequeña casa de Passy, no adoptase un aire de córte, y siempre con cinco ó seis generales á la mesa.

—Sin duda, sin duda; decia Christian impacientado,—pero todos no son lo mismo. Esos no abandonarán ya París... Todo es completo, definitivo... mientras que nosotros... Por otra parte, hay una buena razon para que no compremos un palacio, amigo Rosen. Todo nos lo han cogido allá abajo... Algunos

cientos de miles de francos en casa de los Rothschild de Nápoles, y nuestra pobre diadema que madama de Silvis ha salvado en una sombrerera, hé aquí todo lo que nos queda. Decir que la duquesa ha hecho este largo viaje de destierro á pié, sobre la mar, en wagon, en carruaje, con su preciosa sombrerera á la mano... ¡es gracioso!... ¡tan gracioso!....

Y la puerilidad, montándosele encima, se puso á reir de su angustia, como de la cosa más cómica del mundo.

El duque no reía.

—Señor,—dijo tan conmovido, que todas sus arrugas de viejo temblaron:—me haceis el honor de asegurarme, desde luego, que sentís haberme dejado tan largo tiempo, léjos de vuestros consejos y de vuestro corazón... Pues bien, yo os pido, en cambio, un favor... Mientras que dure vuestro destierro, devolvedme las funciones que yo ejercía en Leybach, cerca de Vuestras Majestades... de jefe de la casa, civil y militar.

—¡Mire usted, el ambicioso!—dijo el rey jovialmente.

Después, con amistad:

—Pero si ya no hay casa, pobre general mio, ni civil ni militar... La reina tiene un capellan y dos damas... Zara, su ama... Yo, yo he traído á Boscovich para la correspondencia, y al maestro Leveau para rasurarme la barba... Y nadie más..

—En ese caso, yo quiero aún solicitar... ¿Vuestra Majestad querria tomar á mi hijo Herberto para ayuda de campo, y dar á la reina como lectora y dama de honor á la princesa aquí presente?

—Concedido, por mi parte, duque,—dijo la reina, volviendo su preciosa sonrisa hácia Coletta, deslumbrada con su flamante dignidad.

En cuanto al príncipe, dió las gracias á su soberano por haberle concedido el título de ayuda de campo con igual solícita merced, con un gracioso relincho, á que se habia acostumbrado á fuerza de vivir en el Tattershal.

—Presentaré los tres nombramientos mañana por la mañana

á la firma;—añadió el general con tono respetuoso, pero breve, indicando que se consideraba ya como investido de sus funciones.

Al escuchar esta palabra, esta fórmula que le habian tan larga y solemnemente repetido en otro tiempo, el jóven rey dejó ver sobre su rostro una expresion de desaliento y de enojo; después se consoló, mirando á la princesa, á quien la dicha embellecía y trasfiguraba, como sucede á esas bonitas caras sin rasgos que están todas en el velo picante y mudable incesantemente de la fisonomía. [Figuráos; dama de honor de la reina Federica, ella, Coletta Sauvadon, la sobrina de Sauvadon, el grueso mercader de vinos de Bercyl; ¡Qué se diría en la calle de Varennes, en la de Santo Domingo, en aquellos salones tan esclusivistas, en que su matrimonio con Herberto de Rosen le habia hecho ser admitida en los dias grandes, pero jamás en la intimidad! Ya su pequeña imaginacion mundana viajaba por una córte de capricho. Soñaba en las tarjetas de visita, que se mandaria hacer; en todo un renuevo de trajes, uno con los colores de Iliria; moños semejantes, para la testera de los caballos... Pero, el rey hablaba cerca de ella.

—Este es nuestro primer banquete en tierra de proscripción,—decía á Rosen, con un tono semi-sério, de intento enfático.—Yo quiero que la mesa esté alegre, y rodeada de todos nuestros amigos.

Y viendo el aire de sorpresa del general, ante tan brusca invitacion, dijo:

—¡Ah! sí, es verdad, la etiqueta, el aparato... ¡Por la vírgen! Ya nos hemos desacostumbrado á todo esto después del sitio, y el jefe de nuestra casa va á encontrar que hacer muchas reformas... Solamente pido que no empiecen sino desde mañana.

En este momento, entre las dos hojas ámpliamente separadas de la puerta, el dueño del hotel anunció la comida de Sus Majestades. La princesa se levantaba ya llena de gloria por coger el brazo de Christian; mas él fué á ofrecérselo á la

reina, y sin inquietarse por los demás convidados, la condujo al comedor. Todo el ceremonial de la corte no había quedado, dijérase lo que se dijera en el fondo de las casamatas de Ragusa.

La transición del sol á las luces, sobrecogió á los convidados al entrar. A pesar de las arañas, los candelabros, y dos enormes lámparas colocadas sobre los aparadores, apenas se veía, como si el día, brutalmente echado de allí antes de la hora, hubiera dejado sobre las cosas la vacilación penumbral del crepúsculo. Aumentaba esta aparente tristeza la longitud y la desproporción de la mesa con tan reducido número de convidados, mesa que se había buscado en todo el hotel conforme á las exigencias de la etiqueta, y en que el rey y la reina se colocaron juntos en uno de sus extremos, sin nadie al frente ni á sus costados. Esto llenó de admiración y de asombro á la princesita de Rosen. En los últimos tiempos del Imperio, admitida en un banquete de las Tullerías, recordaba bien haber visto al emperador y la emperatriz campechanamente sentados el uno frente del otro, como unos simples recién casados en su comida de boda. «¡Ah! hé aquí, se dijo la pequeña *cocodette*, cerrando su abanico con gesto resuelto, colocándolo á su lado junto á sus guantes. ¡La legitimidad!—¿Y no es más que eso?... Este pensamiento transformaba á sus ojos aquella especie de mesa de huéspedes despoblada, cuyo aspecto le recordaba los espléndidos albergues de la Corniche italiana, entre Monaco y San Remo, al principio de la estación cuando el núcleo de los turistas no ha llegado aún. El mismo abigarramiento de gentes y de trajes. Christian, con su casacon, la reina con su amazona de viaje, Herberto y su mujer en un *watteau* de boulevard, el sayal de franciscano del Padre Alfeo, el capellan de la reina, rozando el semi-uniforme del general. Nada en resúmen ménos imponente. Una sola cosa tuvo allí grandeza, la oración del capellan invocando la bendición divina sobre esta primera comida del destierro:

...*Quo sumus sumpturi prima die in exilio*...—decía el monje, con las manos estendidas, y estas palabras lentamente

recitadas, parecieron prolongar mucho más lejos en el porvenir las cortas vocaciones del rey Christian.

—*¡Amen!*—respondió con una voz grave el soberano desposado, como si en el latín de la Iglesia acabara de sentir por último los mil lazos rotos, aún animados y temblorosos, que arrastran—como los árboles arrancados sus raíces vivientes,—los prosperos de todos los tiempos.

Pero sobre esta naturaleza de esclavo, cariñosa y pulida, las impresiones más fuertes no hacían mella. Apenas se sentó, recobró su alegría, su buen humor ausente y se puso á charlar, aplicándose, por atención á la parisiense que estaba allí, á hablar francés con gran pulcritud, mas con un ligero ceceamiento italiano que sentaba muy bien con su sonrisa. Con un tono heróico refirió ciertos episodios del sitio: la instalación de la corte en las casamatas, y la extraña catadura que allí tenía con su toca de plumas verdes, la marquesa ama Eleonora de Silvis. Por dicha, la inocente dama comía en la cámara de su educando y no podía oír las risas provocadas por las burlas del rey. Boscovich y su herbario le sirvieron despues de blanco. Diríase verdaderamente que quería, á fuerza de chuscadas, vengarse de la gravedad de las circunstancias. El consejero áulico Boscovich, hombrezuelo sin edad, cognoscible, tímido y dulce, con ojos de conejo que miraban siempre de través, era un juriconsulto sábio y apasionadísimo de la botánica. En Ragusa, estando cerrados los tribunales, pasaba su tiempo en herborizar, bajo las bombas, en los fosos de las fortificaciones, heroísmo bien inconsciente de un espíritu todo para su manía, y que se preocupaba únicamente, en el inmenso desarreglo de su país, de un herbario magnífico estropeado por los liberales.

—Tú piensas, mi pobre Boscovich,—decía Christian para amedrentarlo,—en la hermosa fogata que han debido hacer con aquellos montones de flores secas... á ménos que la República, siendo demasiado pobre, no haya imaginado cortar en tus grandes *buvards* grises capotes de reserva para sus milicianos.

El consejero reía como todo el mundo, pero con sus facciones alteradas que vendían sus temores infantiles.

—¡Qué encantador es el rey!... ¡Cuánta gracia tiene!... ¡Y qué ojos!...—pensaba la pequeña princesa, hacía la que Cristhian se inclinaba á cada instante, procurando disminuir la distancia que el ceremonial extendía entre ellos.

Era un gusto el verla ensancharse, bajo la complacencia evidente de esta augusta mirada, jugar con su abanico, lanzar pequeños gritos, revolver su talle delgado, en que palpitaba la risa en ondas sonoras y visibles. La reina, por su actitud y la conversacion íntima que mantenía con el viejo duque, su vecino, parecía aislarse de esta alegría desbordada. En dos ó tres veces que se reanudó la conversacion, cuando se habló del sitio, dijo algunas palabras, y siempre para sacar á luz la bravura del rey y su ciencia estratégica; luego volvía á su aparte. A media voz el general se informaba de las gentes de la corte, de sus antiguos compañeros que, más dichosos que él, habían seguido á sus príncipes en Ragusa. Muchos se habían quedado allí, y á cada nombre que pronunciaba Rosen, oíase á la reina responder con su voz seria un: «¡Muerto!... ¡Muerto!...» Nota fúnebre que sonaba el plañido de pérdidas tan recientes. No obstante, despues de la comida, cuando volvieron al salon, Federica se alegró un poco; hizo que se sentara Coletta de Rosen sobre un divan, al lado de ella, y le habló con aquella familiaridad afectuosa de que se servía para atraer las simpatías, y que se asemejaba á la presion de su hermosa mano tendida, fina en los dedos, pero fuerte en la palma, y que comunicaba su bienhechora energía. Despues, dijo de repente:

—Vamos á ver acostarse á Zara, princesa.

Al extremo de un largo corredor, obstruido como los demás del alojamiento por cajas apiladas y maletas abiertas, de donde desbordaba la ropa blanca, los efectos en el desorden de la llegada, hallábase el cuarto del pequeño príncipe, iluminado por una lámpara colocada en un tragaluz abocinado, cuya vista se

detenia hasta el nivel de las cortinas azules del lecho: una criada dormía sentada sobre una maleta, con la cabeza envuelta en una cofia blanca y el gran fichú bordado de rosa que completa el tocado de las mujeres dálmatas. Cerca de la mesa, el ama, ligeramente apoyada sobre su codo, con un libro abierto sobre las rodillas, sufría, también, la influencia soporífera de su lectura, y guardaba aun en el sueño, el aire novelesco y sentimental de que el rey se burlaba tanto. La entrada de la reina no la despertó; pero el pequeño príncipe, al primer movimiento del mosquitero de gasa de que su cama estaba velada, extendió sus pequeños puños y se esforzó por incorporarse, con los ojos abiertos, perdida la mirada. Desde algunos meses, estaba de tal modo habituado á ser levantado en plena noche y á ser precipitadamente vestido para las fugas ó las partidas, y á ver á su alrededor al despertar lugares nuevos y nuevos rostros, que su sueño había perdido su saludable unidad, no siendo ya ese viaje de diez horas al país de los sueños que los niños llevan á cabo con un aliento continuo, casi imperceptible en su pequeña boca entreabierta.

—Buenas noches, mamá,—dijo en voz baja. —¿Tenemos que buscar aún salvacion?

Comprendíase, en esta exclamacion resignada y conmovedora, al niño que ha sufrido mucho, y que ha padecido una desgracia demasiado grande para él.

—No, no, hijo mio, estamos seguros, esta vez... duerme, necesitas dormir.

—¡Oh!... Tanto mejor entónces... Yo quisiera revolverme con el gigante Robistor en la montaña de vidrio... ¡Estaría allí tan bien!...

—Estas son las historias que madama Eleonora le cuenta para turbarle las ideas:—dijo la reina dulcemente.—¡Pobre niño!... La vida es tan negra para él... Solo los cuentos le distraen... Coavendría, sin embargo, decidirse á meterle otra cosa en la cabeza...

En tanto hablaba, levantaba la almohada del niño, y le instalaba en su reposo por medio de sencillas caricias, como lo hubiera hecho una simple mujer del pueblo, lo cual trastornaba todas las ideas grandiosas de Coletta de Rosen acerca de la dignidad real. Despues, como ella se inclinase para abrazar á su hijo, éste le preguntó al oido si era el cañon ó el mar lo que se oia rugir á lo lejos.

La reina escuchó un momento un ruido confuso, perpétuo, que por instantes hacia crugir los tabiques y temblar las vidrieras, y que envolvía la casa desde el suelo hasta los tejados, disminuyendo para renovarse, y aumentando de repente para huir en dilataciones de ruidos semejantes.

—No es nada... Es París, hijo mio... duerme.

Y este pequeño, caido del trono, á quien se le habia hablado de París como de un refugio, se volvió á dormir con confianza, mecido por el pueblo de las revoluciones.

Cuando la reina y la princesa regresaron al salon, encontraron en él á una jóven, de gran porte, hablando de pié con el rey. El tono familiar de la conversacion y la distancia respetuosa en que se mantenía el resto del auditorio indicaban que habia allí un personaje de importancia.

La reina dió un grito de emocion.

—¡María!

—¡Federal!

Y un mismo arranque de ternura las arrojó en sus brazos abiertos. A una muda interrogacion de su esposa, Herberto de Rosen nombró á la visitante. Era la reina de Palermo. Un poco más alta y más delgada que su prima la de Iliria, parecia contar algunos años más. Sus ojos negros, sus cabellos negros, levantados de lleno sobre la frente, su tinte mate, le daban el aspecto de una italiana, por más que hubiese nacido en la córte de Baviera. No habia de alemán en ella más que la rigidez del talle largo y plano, la expresion altiva de la sonrisa y yo no sé qué de despergeñado, de discordante en el vestir que distingue

tanto á las mujeres del otro lado del Rhin. Federica, huérfana desde muy temprano, habia sido educada en Munich con esta prima; separadas en el curso de la vida, se habian guardado la una á la otra un vivo afecto.

—¿Ves tú? no he podido esperar— decia la reina de Palermo teniéndola las manos;—Cecco no volvia... he venido sin él... ¡tardaba tanto!... Yo he pensado con frecuencia en tí, en vosotros. ¡Oh! aquel cañon de Ragusa, de Vicennes, por la noche, yo creia oírle...

—No era sino el eco del de Caserta,—interrumpió Christian, haciendo alusion á la heróica actitud que habia tenido algunos años antes esta reina desterrada y caida como ellos.

Esta suspiró.

—¡Ah! sí, Caserta... bien solos nos dejaron á nosotros tambien... ¡Qué piedad!... Como si todas las coronas no debieran de ser solidarias... Pero, ahora... ya todo ha concluido... El mundo está loco...

Despues, volviéndose hácia Christian,

—¡Es igual! recibe mi cumplimiento, primo... has caido como un rey...

—¡Oh!—dijo él mostrando á Federica,—hé ahí el verdadero rey de nosotros dos...

Un gesto de su mujer le cerró la boca... Se inclinó sonriendo, é hizo una pirueta.

—¡Vamos á fumar, Herberto!—dijo á su ayuda de campo.

Y los dos pasaron al balcon.

La noche estaba cálida y espléndida, apenas extinguida la luz en el deslumbramiento del gas donde moria en llamaradas azules. La masa negra de los castaños de las Tullerías, manteniendo un soplo de abanico alrededor de ella, en lo alto del cielo avivaba el brillo de las estrellas. Con este fondo de frescura, esta salida para los ruidos de la multitud, la calle de Rívoli perdía el aspecto sofocante de las calles de París en estío; pero se sentía, no obstante, la inmensa circulacion de la ciudad

hacia los Campos Elíseos, con sus conciertos al aire libre bajo girandolas de fuego. El placer que el invierno encierra detrás de los calientes cortinajes de las celosías cerradas cantaba libremente, reía, corría en huelgas, en sombreros de flores, en mantillas flotantes, en vestidos de tela, cuya escotadura iluminaba al pasar un reverbero sobre un cuello blanco cerrado por una cinta negra. Los cafés, las horchaterías, desbordaban en las calles con ruidos de moneda, de demandas de objetos, de campaneo de vasos.

—Este París es inaudito,—decía Christian de Iliria lanzando el humo de su cigarro delante de él, en la sombra;—el aire no es aquí el mismo que en otras partes... hay algo de capital, de sobrepujante... Cuando yo pienso que en Leybach, á esta hora todo está cerrado, acostado, extinto...

Después, adoptando un tono jovial:

—¡Ah! Mi ayuda de campo, yo espero que seré iniciado en los placeres parisienses... tú me parece que estás al corriente, del todo lanzado...

—Así parece, mi señor,—dijo Herberto relinchando de orgullo satisfecho;—en el círculo, en la Opera, en todas partes, me apellidan el rey de los *Gomosos*.

Y mientras que Christian se hacía explicar el sentido de este nuevo vocablo, las dos reinas, que para hablar más libremente, habían entrado en la cámara de Federica, se explayaban en largas relaciones, en tristes confidencias, de las que no se oía sino el cuchicheo detrás de la persiana entreabierta. En el salón, el padre Alfeo y el viejo duque hablaban ellos también en voz baja.

—Tiene mucha razón,—decía el capellán;—ella es el rey... El verdadero rey... Si usted la hubiese visto á caballo, recorriendo día y noche las avanzadas... En el fuerte Saint-Ange, cuando llovía hierro, para dar valor á los soldados, dió dos veces vuelta á los taludes, derecha y brava, con la amazona remangada sobre el brazo y el látigo en el puño como en su parque de la

residencia... ¡Era necesario haber visto á nuestros marinos cuando bajó!... ¡El, durante todo este tiempo, correteaba Dios sabe dónde! ¡Bravo, voto á!.. Tan bravo como ella... pero sin dirección... sin fé... ¡Y para ganar el cielo, como para salvar su corona, mi señor duque, es necesaria la fé!

El monje se exaltaba, agrandándose en su largo sayal, y Rosen se veía obligado á calmarle.

—Dulcemente, padre Alfeo... Padre Alfeo, vamos, vamos...

El general tenía miedo de que Coletta los oyese.

Esta permanecía abandonada al consejero Boscowich que le hablaba de sus plantas, mezclando los términos científicos á los detalles minuciosos de sus correrías de botánico. Su conversación olía á yerba marchita y á polvo removido de una vieja biblioteca de Campo. Pues bien; hay en todas las grandezas un atractivo tan poderoso, la atmósfera que exhalan embriaga tan fuerte y deliciosamente á ciertas pequeñas naturalezas ávidas de aspirarla, que la jóven princesa, esta princesa Coletta de los bailes de la *high-life*, de las carreras de caballos y de los extremos teatrales, siempre en la vanguardia del París que se divierte, conservaba su más bonita sonrisa escuchando atenta las áridas nomenclaturas del consejero. Bastábale saber que un rey hablaba en aquella ventana y que dos reinas cambiaban sus confidencias en la pieza de al lado, para que este fútil salón de hotel, en que su elegancia brillaba fuera de su lugar, se llenase de la grandeza, de la majestad triste que hace tan melancólicas las vastas salas de Versalles con sus estrados encerrados y lucientes como sus espejos. Ella hubiera permanecido allí, en éxtasis, hasta media noche, sin moverse, sin enojarse, un poco intrigada solamente en la larga conversacion que tenía Christian con su marido. ¿De qué graves cuestiones tratarían? ¿De qué vastos proyectos de restauracion monárquica? Su curiosidad se redobló cuando los vió reaparecer á los dos, con el rostro animado y los ojos despejados y brillantes.

—Salgo con mi señor,—le dijo Herberto en voz baja,—mi padre te acompañará.

El rey se aproximó á su vez.

—No me querrá mucho, princesa,—dijo...—Ya comienzo á hacer uso de sus servicios...

—Todos los instantes de nuestra vida pertenecen á Vuestras Majestades,—respondió la jóven, persuadida de que se trataba de alguna resolucion importante y misteriosa, quizás de una primera cita de conjurados. ¡Oh! ¡si hubiese podido ser de ellos!..

Christian habia avanzado hácia la cámara de la reina; pero cerca de la puerta se detuvo.

—¡Lloran!—dijo á Herberto volviéndose.—Buenas noches, yo no entro.

En la calle, tuvo una explosion de alegría, de desahogo, y pasó su brazo bajo el del ayuda de campo, despues de haber encendido un nuevo cigarro en el vestibulo del hotel.

—Ves, tú,—dijo,—como es bueno irse solo, en plena multitud, marchar en fila como los otros, ser dueño de sus palabras, de sus gestos, y cuando pasa una muchacha bonita poder volverle la cabeza sin que la Europa se conmueva por ello... Este es un beneficio del destierro... Cuando yo vine aquí há ocho años, no ví á París más que desde las ventanas de las Tullerías, desde lo alto de las carrozas de gala... Esta vez, quiero conocerlo todo, ir por todas partes... ¡Diablo! pero ahora que pienso... te hago marchar, marchar, ¡y tú cojeas, mi pobre Herberto!... Espera, vamos á tomar un carruaje...

El príncipe quiso protestar. Su pierna no le causaba mal alguno. El se sentia con fuerzas para ir hasta allá abajo. Pero Christian insistió.

—No, no, yo no quiero que mi guía esté fatigado desde la primera noche.

Llamó á un *fiacre* que rodaba hácia la plaza de la Concordia con un ruido de resortes falsos y de restallidos de látigo sobre la espina huesosa de la béstia, saltó ligeramenle y se instaló,

frotándose las manos con alegría infantil, sobre la vieja cubierta azul de los cojines.

—¿A dónde vamos, mi príncipe?—preguntó el cochero sin darse razon de que habia hablado con tanto acierto.

Y Christian de Iliria respondió con una voz triunfante de colegial emancipado:—¡A Mabil!e!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO